

III. La guerrilla, ayer y hoy

LA GUERRILLA, AYER Y HOY

Haced todo lo que sepáis e intentad lo que ignoréis: ¡ninguna posibilidad debe ser hoy desperdiciada!

LEWIS CARROLL

Ayer eran los maquis, resistentes, partisanos, presentados a la opinión pública como criminales bandoleros, siguiendo las legendarias pisadas del bandido generoso —a lo Curro Jiménez— que robaba a los ricos para dárselo a los pobres, en una existencia errante y vagabunda, entre mítica y heroica. Vinieron luego los Che Guevaras, los guerrilleros tercermundistas, con su toque más o menos revolucionarista, anti-imperialista o por lo menos de «liberación nacional». A aquella guerrilla habitualmente rural y subdesarrollada, políticamente ingenua, ha venido a sustituirla —especialmente a lo largo de la última década— lo que se ha dado en llamar GUERRILLA URBANA, un peldaño más que subir en nuestra escalada o balance de las *clases de lucha* de la *lucha de clases*.

Esta guerrilla de hoy —o de un ayer aún muy

inmediato— es distinta de ese pasado que evocábamos, rural, ingenuo, subdesarrollado... Pero hay algunos rasgos en común. Si hoy les da por adoptar siglas, secuestrar potentados, atracar bancos, ocupar universidades, desviar aviones, etc. mientras que ayer cabalgaban solitarios desviando diligencias entre secuestro, atraco y ocupación de rancho, no parece que sea tan distinto. Y si, hoy como ayer, van quedando cada vez más aislados, más expuestos a duras redadas, más reducidos a un rol minoritario, tampoco es eso nuevo. Sólo que en vez de llamarlos «cuatrerros» —los tiempos han cambiado— en nuestros días los llaman «terroristas».

Desde el punto de vista de la *política revolucionaria*, el activista, el núcleo aislado, el arrojado suicida, la propaganda por la acción, etc. corresponden indiscutiblemente —hoy como ayer— a períodos de contrarrevolución generalizada, a que no quieren ni pueden resignarse. La guerrilla es hija de su tiempo, del enfrentamiento más o menos hábil, más o menos viable, con unas circunstancias objetivas con las que no están de acuerdo, con una coyuntura que no han elegido. Debería hablarse pues menos de terrorismo, de subversión, de que se pone en peligro la seguridad misma del Estado, deberían verterse menos lágrimas de cocodrilo: lo que le corresponde hacer a aquel a quien de veras le preocupe eso de la *guerrilla*, es el aplicarse a poner remedio a las causas materiales que lo engendran.

Lo cual significa, desde el punto de vista sinceramente humano y elemental, que quienes desencadenaron la contrarrevolución, quienes la consolidan, quienes viven de ella, dieran marcha atrás por un impulso sentimental y humano. Nada más y nada menos...

En vez de poner el grito en el cielo a la primera ocasión y declarar ciertos temas como «materia reservada», quienes controlan —entre otras cosas— los *mass-media* deberían buscar caminos de concordia; pero prefieren agitarse nerviosos —y puede que lo estén— hasta hacer creer a los guerrilleros que el Sistema se halla al borde del abismo, en peligro de muerte, agonizante, llegando a convencerles de que el destino del mundo está en sus manos.

Aunque vea cerrarse ante sí todas las puertas, todos los caminos, mientras la contrarrevolución perdure (y no van a ser sus promotores quienes den marcha atrás, como es harto evidente), la *guerrilla* tendrá razón de ser, sus componentes tendrán la razón, pese a quien pese, aunque ello deba conducirles al fracaso. Porque, seamos sinceros: ¿puede el Poder imponer por decreto la abolición del Estado? ¿Puede el Capital dar luz verde a la supresión del Trabajo asalariado? ¿Pueden los Tribunales prescindir de la existencia de las Cárceles? ¿Puede la Normalidad establecida tolerar estallidos guerrilleros? ¿Puede negarse a sí misma la Contrarrevolución?

Hemos escogido dos tipos de muestras de lo que es una *guerrilla*. La primera corresponde a un pasado próximo, entre las dos guerras mundiales, caracterizada pues por estar situada en período *revolucionario*, rodeada de la efervescencia masiva de todo un pueblo, de medio planeta. La segunda es más inmediata, propia de esos años 70 en que nos tocó vivir, moderna en cuanto a métodos y talante, pero inevitablemente situada en período *contrarrevolucionario*; contrarrevolucionario de «nuevo tipo», en que la realidad represiva se presenta con apariencias de apertura, en sociedades

superdesarrolladas donde se puede hablar impunemente contra cuanto antes enumerábamos, contra la normalidad, los cárceles, el capital y el Estado (hablar, pero ¡sin mover las manos, sin pretender «lanzarse a la acción»!).

Ulrike Meinhof y Buenaventura Durruti, dos épocas, dos audaces estilos, dos impacencias justificadas, dos tentativas fallidas de acelerar la marcha de la historia, dos personas que dejaron huella, que no desaparecieron sin dejar tras de sí multitud de seguidores. En ello estriba acaso una parte de su éxito, seguramente mayor que lo que a primera vista parecía. Y que quede bien claro que no es nuestra intención hacer el elogio —elogio fúnebre— de esas guerrillas de que tantos luchadores acaban por ser víctimas: cuando los nuevos tiempos abran nuevos caminos, la *lucha armada* será sólo pasado. Un pasado inmediato que hay que saber «situar» ya desde ahora.

«RENUNCIAMOS A TODO,
MENOS A LA VICTORIA...»

Así hablaba Buenaventura Durruti. No, no era un gran orador pero arrastraba a las masas. Había algo de mítico en su azaroso itinerario: «Ningún escritor —escribe Ilya Ehrenburg— se hubiera propuesto escribir la historia de la vida de Durruti; se parecía demasiado a una novela de aventuras». También Agustín Souchy trata de concretar ese algo mítico que rodeaba la persona de Durruti: «Se diferenciaba — dice— de todos los generales del mundo. Vivía con su gente, dormía sobre la misma paja, andaba en alpargatas como los demás y comía la misma comida. Y su gente decía: él es uno de los nuestros...»

Cuando se *alzaba* vibrante la voz de Durruti (con ocasión de un mitin, a través de la radio, hablando con sus hombres), algo importante se mascaba en el aire. «Hay que transformar a España en una inmensa Barcelona» anunciaba. O gritaba a la multitud contra esa «república sin republicanos» que había traicionado sus promesas: «Trabajadores, la última vez habéis votado por la República. ¿La hubierais votado si hubieseis sabido que esa República iba a encarcelar a 9.000 obreros?» O presagiaba, lúcidamente, un final de tragedia: «La situación en Madrid es angustiosa, casi

desesperada. Vayamos, dejémonos matar, no nos queda más remedio que morir en Madrid...»

Pero su pueblo en armas, siguiendo sus palabras, renunciaría a todo menos a la victoria, como él había exigido: «La gente de Barcelona —decía con elocuencia Madeleine Leaning— se sentía reflejada en él. Por eso lo enterraron como a un rey...» La compañera de Durruti, Emilienne Morin, ha escrito años después: «Quizá sea duro decirlo, pero yo digo lo que pienso: la mayoría de los anarquistas emigrados se imaginan que bastaría regresar a España, cuando llegue el momento, y volver a empezar donde habían dejado en 1936. Pero lo pasado ya pasó. No se hace dos veces la misma revolución...»

Podríamos encontrar la respuesta adecuada en boca del mismo mítico Buenaventura Durruti: «Es posible que perdamos nuestra próxima batalla —decía en una ocasión a un interlocutor—, que la perdamos en el sentido burgués de la palabra, pero perder una batalla de ese modo no debe afectar nunca a un revolucionario, porque un revolucionario sabe que su principal arma es la de luchar por la causa en la que cree: para un revolucionario la acción es el motor del progreso social, y en este sentido el simple hecho de iniciar un combate es ya una victoria...» Es cierto, no se hace dos veces la misma revolución. Pero ya es una victoria el simple hecho de iniciar el combate. Desde una perspectiva de entereza revolucionaria. Que esto y no otra cosa quiso expresar Durruti al *renunciar a todo menos a la victoria...*

1896. — 14 de julio; nace en León, Buenaventura José Durruti Domingo.

1898. — 10 de diciembre; Tratado de París, por el que España renuncia a las colonias de ultramar (Cuba, Puerto Rico, Filipinas...).

1901. — Ingreso en la escuela primaria de Ricardo Fanjul (León).

1903. — Estalla en León la huelga de los curtidores, una «huelga dura»; los obreros escogen como delegados a Ignacio Durruti (tío de Buenaventura), a Santiago Durruti (su padre), a Antonio Quintín y a Melchor Antón; el boicot de la patronal y los despidos no logran impedir que la huelga se prolongue durante nueve meses, y que muchos prefieran cambiar de oficio a ceder para ser readmitidos; los parientes de Durruti venden sus propiedades (un taller) para sostener la caja de resistencia de los huelguistas; Durruti escribiría más tarde sobre esta época tan crucial: «Desde mi más temprana edad ya comencé a saber lo que era el sufrimiento, y no sólo el de nuestra familia, sino también el de las gentes que nos rodeaban. Podría decirse que entonces, por intuición, ya era un rebelde. Creo que fue por aquella época cuando quedó decidido mi destino...».

1907. — 3 de agosto; se constituye en Barcelona *Solidaridad Obrera*.

1909. — 26 a 29 de julio; estalla en Catalunya la «Setmana Trágica», de carácter antimilitar y anticlerical, promovida por *Solidaridad Obrera*.

1910. — Entra de aprendiz en el taller mecánico

de Melchor Martínez, por un jornal de 25 céntimos; al año siguiente ingresaría en la fundición de Antonio Miaja.

1911. — 8 a 10 de septiembre; Congreso por el que se constituye en el Salón de Bellas Artes de Barcelona la Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.).

1912. — Abril; se adhiere a la Unión de Metalúrgicos, vinculada a la Unión General de Trabajadores (U.G.T.).

1916. — Entra de montador-mecánico en la Compañía de los Ferrocarriles del Norte, donde en 1903 ingresara su padre.

1917. — Agosto; huelga revolucionaria en León; Durruti es despedido del trabajo y descubre la combatividad de la C.N.T.

1917. — Se va a Gijón, donde conoce a Manuel Buenacasa (C.N.T.).

1917. — Un par de meses más tarde, ha de exiliarse a París por negarse a cumplir el servicio militar.

1918. — Junio, se celebra el Congreso de Sants, para reorganizar la C.N.T.

1919. — Diciembre; se celebra en Madrid el 2º Congreso de la C.N.T.

1920. — Acude a San Sebastián dónde se entrevista con Buenacasa; junto con Suberviela, Del Campo, Ruiz y Albaldetrechu, forman un grupo de acción llamado «Los Justicieros», que operará simultáneamente en San Sebastián y Zaragoza.

1920. — Durruti, Suberviela y Del Campo se instalan definitivamente en Zaragoza, donde entran en contacto con Inocencio Pina, Domingo Ascaso (el hermano de Francisco, entonces en la cárcel) y Torres Escartín; allí se enfrentarán con los pistoleros de la

patronal mandados llamar por el cardenal Soldevila; durante un par de años se establece una colaboración entre los diversos grupos activistas de Zaragoza («Los Justicieros», «Vía Libre», «Impulso», «El Comunista» y «Voluntad»), quienes a su vez enlazan con otros «grupos de afinidad» de las demás regiones españolas; en Barcelona es asesinado Francesc Layret.

1921. — Febrero; Durruti y Juliana López salen de gira por Andalucía, Madrid, Barcelona, etc. para preparar una reunión cumbre.

1922. — Junio; reunión cenetista en Zaragoza, en la que se pide la libertad de Francisco Ascaso, y se decide que la C.N.T. abandone su adhesión a la III Internacional de Moscú pasando a integrarse en la recién creada Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T.) de Berlín; se cierra la conferencia con un mitin de Salvador Seguí en la plaza de toros de Zaragoza dando a conocer lo decidido.

1923. — 10 de marzo; Salvador Seguí, el recién elegido secretario general de la Confederación, es también asesinado por la patronal.

1923. — Abril; Durruti asiste en Madrid a la conferencia anarquista convocada por el grupo aragonés «Libre Acuerdo».

1923. — Mayo-junio; a partir del grupo «Crisol», que se ha ampliado formando el grupo «Los Solidarios» en Barcelona, constituyen en esa ciudad un Comité Nacional Revolucionario.

1923. — Dictadura del General Primo de Rivera; Durruti y sus amigos pasan a Francia, donde constituyen la «Librería Internacional»! (franco-italo-española) para lo que aportan medio millón de francos.

1924. — El grupo («Nosotros») pasa a llamarse

«Los Errantes», aunque popularmente es conocido por «el buque fantasma» por su larga gira sudamericana (Cuba, México, Perú, Santiago de Chile, Buenos Aires, Montevideo, Islas Canarias, Inglaterra, regreso a Francia).

1926. — Abril; final de trayecto con desembarco clandestino en Cherbourg (Francia); allí serán luego acusados de haber intentado un atentado contra Alfonso XIII en ocasión del 14 de julio, siendo juzgados por ello en el mes de octubre. España e Italia exigen su extradición, así como varios países sudamericanos; España trata de atribuirles el atentado que costó la vida al cardenal Soldevila.

1927. — Julio; reunión clandestina en Valencia para fundar la Federación Anarquista Ibérica (F.A.I.).

1927. — Agosto; gran campaña en Francia contra la extradición de los anarquistas españoles; éstos son puestos en libertad pero se les prohíbe la residencia sucesivamente en Francia, Bélgica, Luxemburgo, Suiza; la Unión Soviética les ofrece asilo político, aunque con una infinidad de condiciones de «obediencia ideológica» poco aceptables.

1927. — A falta de otro refugio, deciden vivir clandestinamente en las cercanías de París; es allí donde trabarán una sólida amistad con el revolucionario ruso Néstor Makhno, líder de las colectivizaciones campesinas de Ucrania en que luego se inspiraría Durruti.

1928. — Enero; son descubiertos y detenidos de paso por Lyon.

1928. — Pasan a Alemania a fines de año, trabando amistad con Rudolf Rocker, Erich Mühsam, Agustín Souchy; luego a Bélgica, donde residirán hasta

proclamarse la República, en lo que puede considerarse *la* etapa más tranquila de la vida de Durruti, Ascaso, Jover, así como de las compañeras de los dos primeros, Emilienne Marin y Berthe Favert; colaboran con el Comité Pro-Liberté, algunos de cuyos miembros vendrán luego a luchar en España (Ugo Treni, Camillo Berneri, Hem Day...).

1931. — 13 de abril; Durruti, Ascaso y Jover regresan a España para asistir a la proclamación de la II República.

1931. — 1.º de mayo; grandioso mitin; Durruti convence a los soldados del ejército, enviados para reprimir a los manifestantes, para que se enfrenten a la Guardia Civil, enviada con idéntica misión.

1931. — Junio; III Congreso Nacional de la C.N.T. (en Madrid).

1931. — Nace Colette, la hija de Durruti y de Emilienne Morin.

1932. — 21 de enero; se proclama el comunismo libertario en las minas de Fígols, en Catalunya, seguido de una violenta represión.

1932-1936. — Los resultados de la República decepcionan a Durruti; deportación al África (febrero-septiembre 1932), cárcel (enero-agosto 1933), cárcel (diciembre 1933-julio 1934), cárcel (5 octubre 1934-mediados 1935), cárcel (septiembre 1935-febrero 1936).

1936. — 1 a 12 de mayo; se celebra en Zaragoza el 4.º Congreso de la C.N.T.; en él se tocan temas muy diversos, desde la descripción de una futura sociedad comunista libertaria hasta advertir al gobierno de la inminencia del peligro de un alzamiento fascista.

1936. — 19 de julio; réplica obrera al

levantamiento fascista en las principales capitales y constitución de órganos de poder obrero; en Barcelona concretamente se constituye un Comité central de Milicias, a cargo de García Oliver (el que fue anteriormente miembro de «Los Solidarios» y será luego ministro de la República durante dos meses, junto con Federica Montseny); esa réplica obrera costará en Barcelona la vida de Francisco Ascaso; el aparato de Estado *casi* desaparece (!).

1936. — Julio a septiembre; los milicianos catalanes acuden como voluntarios al frente de Aragón, donde proclamarán el ya mencionado «comunismo libertario»; el eje de la operación lo constituye la Columna Durruti-Farrás, con Pérez-Farrás como delegado militar y Durruti como delegado político; acuden al frente de Aragón personalidades destacadas, como Emma Goldman, se constituyen «columnas internacionales» (la brigada «Garibaldi», la columna «Sebastien Faure», la columna «Sacco y Vanzetti», los Consejos de los soldados alemanes, etc.).

1936. — Septiembre; Durruti va a Madrid a entrevistarse con el ministro de la Guerra, Largo Caballero (llamado exageradamente «el Lenin español»), para pedir armas o al menos divisas para comprarlas; se le promete un crédito que nunca llegó a materializarse.

1936. — 15 de octubre; se constituye en Fraga el Consejo de Defensa Regional de Aragón, que será posteriormente prohibido por la República en agosto de 1937; inicialmente se reparten los Departamentos del Consejo de Aragón así: Joaquín Ascaso (Presidencia), Adolfo Ballano (Justicia y Orden Público), Miguel Chueca (Trabajo), José Mavilla (Agricultura), Miguel

Jiménez (Información y Propaganda), Francisco Ponzán (Transportes y Comercio), José Alberola (Instrucción Pública) y Adolfo Aznar (Economía y Abastos); gracias a ello, Aragón llegó a mantener relaciones comerciales directas con países como Yugoslavia, Hungría, Francia, Checoslovaquia; aunque acabarían restringiendo sus plenos poderes y sometiéndose a la autoridad del Estado centralizado, los anarquistas aragoneses intentaban así lo que sus compañeros catalanes eludieron siempre, la toma total del poder. El Consejo de Aragón se expresaba así: «... Recomendamos a los habitantes de los pueblos y a sus comités: 1) Que no entreguen a nadie las armas que posean, sin la expresa autorización del Consejo; que no permitan en ningún caso la destitución de los comités existentes, hasta tanto el Consejo haya decidido su renovación. 2) Que no acepten ninguna clase de requisas que no estén refrendadas por el Consejo de Aragón, con excepción de casos especialmente urgentes, de los cuales el comandante de la columna se hará responsable. 3) Que toda contravención de estas disposiciones se comunique de inmediato al Consejo haciendo constar los nombres de los responsables...»

1936. — 14 de noviembre; Durruti se traslada al Frente de Madrid; la ciudad es evacuada por el gobierno, que se traslada a Valencia; el nuevo lema que recorre estos días la capital es el unánime y ampliamente justificado: «¡Viva Madrid sin gobierno!».

1936. — 19 de noviembre; en la Ciudad Universitaria, frente al Hospital Clínico, una «bala perdida» (?) le ocasiona la muerte; Durruti fallece a las 6 de la madrugada del día siguiente.

1936. — 23 de noviembre; más de medio millón

de personas acuden a su entierro en Barcelona, adonde ha sido trasladado secretamente para que no cunda el pánico en la capital castellana; Durruti fue muerto, tanto por el dedo que disparó la bala alojada junto a su corazón como por Largo Caballero al negarle las armas que le había prometido, o por los cuatro anarquistas que un buen día aceptaron hacerse ministros de un Gobierno burgués. «El verdadero revolucionario se distingue porque todo el mundo va quedando a su derecha...»

Anexos

I. ¿Quiénes eran «Los Solidarios»? Para dar una idea de quién era Durruti en su período 1923-1926, reproducimos por orden alfabético los nombres y profesiones que compusieron este «grupo de afinidad»:

Francisco Ascaso, de Aragón, camarero; Ramona Berni, tejedora; Eusebio Brau, herrero; Manuel Campos, de Castilla, carpintero; Buenaventura Durruti, mecánico y ajustador, de León; Aurelio Fernández, de Asturias, mecánico; Juan García Oliver, de Catalunya, camarero; Miguel García Vivancos, de Murcia, obrero portuario, pintor y chófer; Gregorio Jover, carpintero; Julia López Mainar, cocinera; Alfonso Miguel, ebanista; Pepita Not, cocinera; Antonio Ortiz, carpintero; Ricardo Sanz, de Valencia, obrero textil; Gregorio Suberviela, de Navarra, maquinista; María Luisa Tejedor,

modista; Manuel Torres Escartín, de Aragón, panadero; Antonio, El Toto, jornalero.

II. __ ¿Qué significó la Columna Durruti? Veamos lo que de ella nos cuenta Ricardo Sanz, que sucedió a Durruti al frente de ella:

«Durruti logró, con su tenacidad, pertrechar a su columna con todo lo necesario para la guerra. Tenía un dispensario propio, un Estado Mayor, una cocina de campaña, una estación radiotelegráfica con emisores potentes que irradió durante la guerra noticias y comentarios que se difundían en toda Europa, una imprenta de campaña y un semanario propio, *El Frente*, que se distribuía gratis a los soldados de la columna (...) Durruti ayudaba a los campesinos siempre que podía. Cuando los vehículos y los tractores de la columna no eran utilizados en el frente, los ponía a disposición de los campesinos para cultivar tierra virgen. Los camiones de la columna transportaban trigo y abono y llevaban agua a las cisternas cuando éstas se agotaban».

Hay más cosas que contar, además del boletín *El Frente* y de las emisiones de radio a cargo de Francisco Carreño. La misma estructura de la columna; delegado general, delegados de grupo constantemente consultados, Comité de Centuria, delegados de las centurias, Comité de Agrupaciones, delegados de agrupaciones, Comité de Guerra; había además grupos especiales de guerrilleros para misiones especiales, con nombres pintorescos como «Los Hijos de la Noche» o «La Banda Negra»; una vinculación permanente entre Consejo Técnico Militar y Comité de Guerra, que se asesoraban mutuamente; y una oficina de actividades diversas (comunicaciones, estadísticas, prensa...)

supervisada por Emilienne Morin, que se encargaba además del servicio de intérprete para los periodistas extranjeros que acudían masivamente.

La comparación con Néstor Makhno era inevitable. Este había dicho: «La diferencia que existe entre un militar que ordena y un revolucionario que dirige, estriba en que el militar se impone por la fuerza mientras que el revolucionario no posee otra autoridad que la que se deriva de su conducta». Y el informe del delegado de la A.I.T. iba hacia lo mismo: «Me pregunto si los dirigentes de la C.N.T. son los mismos hombres que se lanzaron a la calle el 19 de julio... Diríase que solamente hay uno que escape a esta regla: Durruti, un revolucionario nato y original, que en muchos aspectos recuerda a Néstor Makhno. Al igual que el guerrillero ucraniano, Durruti tampoco se separa del pueblo, contrariamente a lo que hacen los otros dirigentes. Por lo demás, Durruti es superior a Makhno en algunos puntos, sobre todo en lo que se refiere al dominio que el español ejerce sobre sí mismo».

III. ¿Por qué el mito de Durruti? Cuando André Ulman interpellaba a sus milicianos: «Vosotros decís que Durruti no es un jefe, pero ¿cómo es que le obedecéis?», la respuesta era clara: «Le seguimos porque se comporta bien. Por el contrario, si cambiara de conducta, perdería nuestra estimación y nos separaríamos de él». Es lo que el propio Durruti expresara en un mitin en 1932 en Barcelona: «Un Durruti "malhechor" es algo que los trabajadores no pueden concebir, pues ellos saben que los delincuentes no son gentes que se levantan a las seis de la mañana para ganar el pan con el sudor de su frente...».

Algo semejante expresaría Lluís Companys en el

entierro de Durruti, según lo reprodujo *Solidaridad Obrera*: «¡Compañeros!, en este momento de tensión os hago un llamado a la unión, a la disciplina, a la austeridad y al valor. Por un instante sentimos asomar lágrimas a nuestros ojos. Pero ¿para qué llorar? ¿Lloraremos acaso la muerte de un hombre que ha cumplido con su deber y a quien rendimos el tributo de nuestra admiración? Lloremos más bien por los cobardes y los desalmados. Sequemos nuestras lágrimas, levantemos el brazo y sigamos nuestro camino hacia adelante, sin detenernos. Que el nombre de Durruti nos sirva de ejemplo. El camino que nos queda por recorrer es aún difícil y fatigoso. ¡Adelante! ¡Adelante!».

IV. — ¿Cómo el «Milicianos sí, soldados jamás»? Veamos el reglamento provisional que, inspirado en Durruti, se dieron los voluntarios:

«Al ejército popular y los consejos de soldados.

»Los compañeros alemanes del grupo internacional de la columna Durruti han tomado una resolución con respecto al problema de la militarización de las milicias en general y de la columna Durruti en particular. Los principios que van a aplicarse a través de esta militarización han sido elaborados a espaldas de los combatientes del frente. Consideramos como provisionales las medidas tomadas en cumplimiento de esa militarización, y sólo admitimos su validez con carácter provisional. Exigimos que se establezca lo más pronto posible un nuevo reglamento, para terminar con el presente estado de permanente confusión. Sólo reconoceremos un reglamento que cumpla con las siguientes condiciones:

- »1) Abolición del saludo.
- »2) Igual salario para todos.

»3) Libertad de prensa para los periódicos del frente. .

»4) Libertad de discusión.

»5) Consejo de soldados por batallón (tres delegados por cada compañía).

»6) Ningún delegado puede ser comandante.

»7) El Consejo de soldados convocará a asamblea general a los soldados del batallón, si así lo desean los dos tercios de los representantes de la compañía.

»8) También los regimientos formarán un consejo de soldados, cuyos representantes podrán convocar una asamblea de soldados.

»9) Se enviará un delegado observador al estado mayor de la brigada.

»10) La organización de la representación de los soldados debe extenderse a todo el ejército.

»11) El consejo general de soldados estará representado en el estado mayor general mediante un delegado.

»12) Los tribunales de guerra en campaña estarán integrados exclusivamente por soldados. Sólo en caso de comparecer un oficial ante el tribunal, podrá participar en éste un oficial.

»Esta resolución ha sido aprobada unánimemente el 22-XII-1936 y ratificada en Barcelona el 29-XII por el pleno de la FAI.»

V. — ¿Corto el verano de la anarquía? Hans Magnus Enzensberger precisa varias fases. Ya en vida de Durruti, miembros de la dirección de la CNT-FAI se integran en la Generalitat, afirman su adhesión al programa del Gobierno de Madrid, disuelven el Comité Central de Milicias de Catalunya y demás consejos y comités locales; es el primer paso. A partir de aquel

20 de noviembre hasta los hechos de mayo de 1937, la dirección de CNT acepta carteras ministeriales de nulo valor (justicia, salud, comercio, industria), mientras los cenetistas madrileños se enfrentan a unidades del P.C.E., mientras se les prohíbe el porte de armas, mientras se restablece la policía política, mientras el P.C.E. inicia su campaña contra el P.O.U.M., mientras la oposición revolucionaria dentro del movimiento anarquista crea sus propias secciones de combate, bajo el significativo nombre de «Amigos de Durruti», mientras se intenta desarmar a los obreros catalanes, mientras comunistas y Guardias de Asalto se lanzan contra la base cenetista catalana, su huelga general, su lucha de barricadas; por la radio los ministros cenetistas daban a su base una consigna suicida: «¡Besos a los Guardias de Asalto!». Luego, la «caza de brujas»: abdican los ministros C.N.T., se declara ilegal a la F.A.I. y al P.O.U.M., dimite Largo Caballero, vuelven los partidarios de la propiedad privada (Negrín); se detiene la junta directiva del P.O.U.M., la N.K.V.D. ejecuta a Andreu Nin, se prohíbe toda crítica a la U.R.S.S., el Servicio de Investigación Militar (S.I.M.) llena las cárceles de izquierdistas, se disuelve el Consejo de Aragón y se detiene a su presidente, se asalta el edificio del Comité de Defensa de la C.N.T.-F.A.I con tanques y cañones; regresan los terratenientes, se anulan las colectivizaciones y el control obrero en las fábricas, se pagan de nuevo dividendos al accionista extranjero, se restablecen galones militares; se renuncia a TODO. No, como indicó Durruti, *a todo menos a la revolución, a la victoria...*

LA LARGA MARCHA DE
ULRIKE MEINHOF

En un país como la RFA en que el potencial de violencia es tan fuerte y las tradiciones revolucionarias tan débiles, 'no habrá, orientación revolucionaria sin iniciativas revolucionarias.

Fracción Ejército Rojo (en «Sobre la concepción de la guerrilla urbana», junio 1971).

EL «ESLABÓN MENOS DÉBIL»

Hará cosa de una década que el tercermundismo se puso de moda entre la Nueva Izquierda y no como fruto de un análisis objetivo sino únicamente por el afán meramente subjetivo de asumir y apropiarse para la lucha cotidiana en las metrópolis algunas de las tesis castro-guevaristas ampliamente divulgadas entonces por el *¿Revolución en la revolución?* de Régis Debray (Cuadernos de la revista Casa de las Américas, n.º 1. La Habana) que tan amplio eco iban a conseguir. Citando a Fidel, Debray decía cosas como «El deber de un revolucionario es hacer la revolución», o «¿Quiénes harán la revolución? El pueblo, los revolucionarios con Partido o sin Partido». Debray interpretaba a su modo

afirmaciones tan poco «ortodoxas»; «Fidel Castro dice simplemente que no hay revolución sin vanguardia, que esa vanguardia no es necesariamente el Partido marxista-leninista, y que los que quieren hacer la revolución tienen el derecho y el deber de constituirse en vanguardia independientemente de esos partidos». Y remachaba con cita del «Che» refiriéndose a un puñado de hombres «sin otra alternativa que la muerte o la victoria en momentos en que la muerte es un concepto mil veces presente y la victoria un mito que sólo un revolucionario puede soñar...»

Es sabido que eso del tercermundismo tenía ya sus antecedentes, desde hombres como Frantz Fanón hasta la Conferencia de Bandung de 1955. Y tampoco era nuevo eso de «la revolución con Partido o sin Partido»; lo nuevo era presentar como modernas herejías, viejas tesis del más puro leninismo. En cuanto a formas organizativas, quien empieza hablando de vanguardias dirigentes ha de acabar dictaminando que «La guerrilla es el Partido en gestación» (o sea, mantener intacta la noción Partido después de haber fingido romper con ella); al nivel táctico-estratégico, lo que antaño se llamaba guerra de guerrillas o guerra civil revolucionaria —bajo el aval de citas de Lenin y Mao tomadas fuera de contexto—, era también modernizado mediante términos sacados de la revolución cubana y de Latinoamérica en general. Es buen ejemplo de ello la luego tan controvertida concepción de «foco guerrillero», que iba a costarle la muerte al Che en un rincón de Bolivia y la cárcel para Debray, ese intelectual francés, precisamente en 1967 —«año del Vietnam heroico», como decían—, en vísperas del explosivo 1968 y sus estallidos de París, Praga, Ciudad de México... Debray

y el tercermundismo en general propugnaban el voluntarismo revolucionario (voluntarismo cuyas trágicas consecuencias arrastramos aún) por no haber procedido a un análisis objetivo de la fase imperialista que le tocó vivir, limitándose a repetir, intactos, viejos análisis medio siglo más antiguos, o más lejanos aún. Si en su día el camarada Lenin — deslumbrado con el Imperialismo que aparecía ante sus ojos, los fuertes monopolios, su imbricación con la máquina del Estado, etc.— no vacilaba en calificarlo como «la etapa suprema» del capitalismo, sin plantearse qué nuevas etapas vendrían después; si Rosa Luxemburg (como luego hicieron Trotsky, Mao, Fidel) se permitían anunciar la inminencia de la revolución mundial ante la imposibilidad (luego desmentida) del Capital en fase imperialista para proceder a su tan necesaria reproducción ampliada, nosotros no podemos insistir en el error. Dos guerras mundiales han dejado el campo libre tanto de mercancías como de hombres de la forma más violenta (totalitarismos nazi-fascistas, campos de concentración, terror atómico...), permitiendo una reproducción ampliada de estilo más moderno y el consiguiente retroceso de los embates revolucionarios. Aquella «etapa suprema» del Imperialismo de principios de siglo, y análisis similares, quedó atrás con el reparto USA-URSS del planeta en nombre sucesivamente de las ideologías de la «guerra fría» y de la «coexistencia pacífica»; tras profetizar la inminencia de la revolución mundial, asistíamos a su derrota o aplazamiento; asimismo, el voluntarismo de querer llevar la lucha al «eslabón más débil» del sistema tampoco es vigente ya, tanto si por ello se entiende la Rusia de 1917 o el tercermundismo de 1976.

¿Qué hubieran dicho Marx y Engels ante tales análisis: etapa suprema, inminencia revolucionaria, crisis capitalista ineluctable, eslabón débil, voluntarismo de foco guerrillero...? Mejor dicho, ¿qué dijeron en su día? Confiaban en que la cadena imperialista se rompiera por sus eslabones más fuertes o no se rompería más que a medias: veían pues posibilidades revolucionarias donde el capital estuviera en auge, donde el estallido pudiera arrastrar a toda Europa. Creyeron en Alemania hasta comprobar la insuficiencia de las insurrecciones de 1848, luego se interesaron por Inglaterra (potencia hegemónica) y siguieron de cerca la evolución de Estados Unidos, criticaron con sarcasmo a quienes aún creían en el impacto prusiano (ver sus críticas a los programas de Gotha y de Erfurt que mantuvo en secreto la socialdemocracia alemana), y acabaron interesándose por la Comuna de París (eslabón fuerte de la Francia del xix). Y tampoco es acertado afirmar que eso de tercermundismos, subdesarrollos y eslabones débiles sea un resabio de anarquismo en la obra de Lenin: la procedencia eslava de Bakunin le llevó a interesarse por Rusia en sus escritos, pero sus puntos de incidencia práctica estaban en eslabones fuertes como Suiza, Italia del Norte, la parte menos débil de Francia y Alemania; ni es correcto poner a España como ejemplo, vista la correlación «eslabón fuerte»—incidencia revolucionaria que ahí se da (Catalunya, Euzkadi, Asturias...).

Lo que, aplicado a nuestro siglo, nos da el siguiente resultado: Marx-Engels, ante una Alemania en proceso de desarrollo se hubieran interesado por la revolución alemana de los años 20 y su capacidad

de arrastrar países limítrofes (Polonia, Austria, Hungría, Bohemia, Holanda, etc.); dentro de Italia les hubiera interesado el Turín industrial de la época Gramsci; en la Península Ibérica, la zona catalana; y se hubieran desentendido del imperio zarista, poco industrializado y condenado a aprender la gestión y posibilidades de desarrollo industrial de los expertos en ello (capitalistas, directores de fábrica...), salvo zonas ya consolidadas como la Gran Rusia (Moscú, Petrogrado), y hubieran previsto los primeros «disturbios» en industrias punta como la de Kronstadt (1921). En cuanto a la segunda mitad de siglo, su atención se centraría en zonas como Japón, Norteamérica y sus luchas contra la guerra del Vietnam, la Europa desarrollada y la ineludible hegemonía de la URSS sobre una China con afanes hegemónicos; en el Tercer Mundo, prioridad de los tupamaros uruguayos y el sindicalismo revolucionario argentino (aunque de resabios peronistas) sobre los intentos guerrilleros en Brasil, Bolivia, Colombia... y también cierta preferencia por países más evolucionados como México y Venezuela; en el mundo árabe, mayor apoyo a los palestinos por parte de países pequeños pero fuertes o con alta renta per cápita (Líbano, los emiratos del Golfo Pérsico); en la Europa del Este, sus problemas iban a empezar por los eslabones más fuertes económicamente (la R.D.A.) y seguir así (Hungría, los sucesivos conflictos en Polonia, Checoslovaquia); en cuanto al Mercado Común inicial, especial atención a las huelgas salvajes belgas de los años 60, a la Francia desarrollista, a la Italia desenvolventista, y como eslabón fuerte indiscutible la República Federal Alemana; hubieran seguido movimientos como el Zengakuren japonés, los hippies, la

alianza yippies-Black Power en USA, los hooligans del Este, los provos holandeses, la K. U. (Universidad Crítica) de Berlín-Oeste y sus secuelas, los «enragés» del mayo-junio francés del 68, etc. No podíamos pues hablar de la opción revolucionaria de la F.E.R. en RFA sin un especial hincapié en que el «valor de uso» de su guerrilla urbana no iba destinada a atacar (como Debray por ejemplo) los «eslabones débiles» sino por el contrario el «eslabón más fuerte». Como Marx...

LA R.F.A.: ¿REVOLUCIONARIOS
SIN REVOLUCIONARIOS?

Los anarquistas han sido siempre los más feroces críticos del oportunismo, y así se acusa de «anarquismo» a cualquiera que critique al oportunismo.

Fracción Ejército Rojo (*en «Sobre la concepción de la guerrilla urbana»*).

La República Federal Alemana fue en su día una de las más logradas mixtificaciones occidentalistas: su federalismo no sólo reproducía a escala reducida el esquema USA sino que hacía más intolerable el centralismo burocrático que regía más allá del muro; el Berlín-Oeste, con su Universidad Libre primero y su Universidad Crítica después, era también el guante tendido al régimen de la RDA; la firme retractación del pasado nazi y la colocación del Partido Socialista

(SPD) en los puestos de poder completaban esta imagen de bienestar y buena consciencia del alemán occidental medio. El SPD mantenía una cierta tolerancia con sus «jóvenes airados» dándoles margen amplio para sus críticas, y éstos no hubieran sabido en un primer momento prescindir de ese SPD del que en buena parte procedían. Pero muy pronto, la constitución y actividad de la organización estudiantil universitaria del SPD (el SDS: Sozialistischer Deutscher Studentenbund) iba a sacar a la luz cuanto tema tabú se encubría bajo la plácida opulencia aparente de la RFA. Recordemos algunos de los elementos detonantes: el caso Kuby (abril-mayo 1965) mostró la falta de libertad real de la llamada Universidad Libre, al negarse el rector a ceder los locales para que las organizaciones estudiantiles debatieran libremente a propósito de un artículo del periodista liberal Erich Kuby en *Spiegel*; el caso Krippendorf (mayo-junio 1965) en que dicho profesor de la U.L. es despedido por el rector por haber hecho correr unos rumores (de que luego se excusó) a propósito de la intolerancia del rector hacia quien no pensara como él, especialmente (según el propio rector) hacia los profesores que mantuvieran opiniones políticas (evidentemente, el caso vino acompañado de mítines, de profesores solidarizándose con su compañero, asambleas, petición de un nuevo estatuto para la U.L.), la 1.^a manifestación contra la guerra del Vietnam (octubre 1965-febrero 1966), con una asidua campaña en contra de la prensa del trust Springer y hasta de la prensa neo-nazi («Los estudiantes rojos aterrorizan la U.L.» escribía ésta), con asambleas, manifestación ante la Casa Americana en el centro de la ciudad con lanzamiento de

huevos y atropello de la bandera (el rector se excusa ante los USA, la D.C. organiza una contra-manifestación de desagravio, se priva a partir de ahora a los estudiantes de sus locales universitarios para toda clase de debate político). Era el fin de la U.L. Los hechos más recientes son mejor conocidos: el *sit-in* del 22 de junio 1966 con que se protestaba por la implantación de la retirada arbitraria de carnets, pidiendo la celebración de un referéndum sobre la cuestión que es denegado al parlamento estudiantil por el rectorado, *sit-in* al que se adhirieron numerosos profesores, las acciones que siguieron (un *teach-in*, la publicación de una memoria para la reforma de los estudios de la U.L., actos de solidaridad tercermundista, carta incontestada al burgomaestre contra los excesos policiales); el movimiento se politiza cada vez más (noviembre-diciembre 1966) desde la denuncia por parte del SDS de la llamada «gran coalición» (SPD-CDU) hasta nuevos enfrentamientos con la policía (86 detenciones, la mayoría no-estudiantes) pasando por una 2.^a manifestación sobre el Vietnam y un «happening de Navidad» en que se quema un árbol de Navidad y las efigies de Johnson (USA) y Ulbricht (RDA); en 1967 el movimiento se extiende al resto de Universidades de la RFA, con protestas por el aumento de las matrículas, abucheo al alcalde Albertz, denuncias inmotivadas contra SDS a la policía; en abril-mayo manifestaciones por Vietnam, contra la visita de Hum-phrey a la RFA, contra la deformación sistemática de la opinión pública por parte de la prensa Springer, alternando con graves medidas policiales contra «*Ko-muna I*», el SDS, sus líderes más importantes (Rudi Dutschke, Fritz Teufel, etc.). La ruptura entre el SPD

en el poder y el SDS deviene ya inevitable, se inicia la represión.

Se constituye el «Movimiento 2 de junio» (1967) ante la represión policial por la protesta contra la visita del Sha (amistosamente acogido tanto por la RFA como por Checoslovaquia): Benno Ohnesorg muere a manos de la policía. Fritz Teufel es encarcelado, hay numerosos heridos, se proclama el estado de urgencia parcial en el Berlín-Oeste... Asambleas diarias para constituir una Universidad Crítica (K. U.). Ceremonia de entierro de B. Ohnesorg, huelgas de hambre por la liberación de F. Teufel, primeros debates sobre «oposición extraparlamentaria» y sobre expropiación de Springer. Manifestación internacional por Teufel (el movimiento rebasa las fronteras de la RFA), que es finalmente indultado por falta de pruebas al presentarse 700 estudiantes acusándose del mismo delito que se atribuía a Teufel; mitin de H. Marcuse sobre la K. U., que se impone mayoritariamente, pese a las críticas recibidas por parte del rectorado; 1968 es el año en que se convoca en Berlín un «congreso internacional de solidaridad con la revolución vietnamita» con manifestación callejera masiva (17-18 febrero) agitando banderas rojas y del Vietcong y con retratos de Ho Chi-Minh, el «Che», K. Liebknecht, Rosa Luxemburg y V. I. Lenin: los bonzos sindicales de la ciudad convocan una contra-manifestación. Se masca el clima de pogrom que culmina en el atentado a R. Dutschke (abril)...

Ya sólo quedan dos vías ante la contestación estudiantil: o bien quedar reducida al ámbito estudiantil (Universidad Crítica, etc.) y ser considerada por la población como un elemento «distante» (distancia-

ción y apariencia extravagante fomentada desde todas las publicaciones del trust Springer); o bien pasar a la acción de base (en lo que la *Rote Armee Fraktion* iba a mostrar al mundo bajo el título inequívoco «Sobre la lucha armada en Europa occidental»). En todo caso, era evidente que esa RFA del «milagro alemán» ya no podría aparentar más el rol de escaparate occidental frente al bloque del Este ni de paraíso privilegiado de la libertad: la RFA constituía una de las piezas clave del aparato militar de la NATO, sus industrias fabricaban «napalm» con el que masacrar al Tercer Mundo, sus socialistas del SPD eran sólo la pieza de recambio para cuando la democracia cristiana (CDU) estuviese ya demasiado vista, el sistema entero tenía más de Estado fuerte y de mecanismo represivo, que de abierto, tolerante, paladín de la libre expresión, etc. El mito se había roto, los estudiantes habían comprobado en su propia carne el salvajismo policial así como la posición de no-ingerencia por parte de la inmensa mayoría de la población que había hecho exclamar con asombro a Heinrich Böll, el famoso novelista: «¿Por qué sesenta millones de personas tienen miedo de cinco o seis elementos?».

Es ante esta duplicidad de vías que se abre ante nosotros, que hemos escogido hablar de Ulrike Meinhof, de la *Fracción Ejército Rojo* (F.E.R), pese al evidente protagonismo desempeñado en su día por el SDS, especialmente en la fase del «Movimiento 2 de junio». Aquellos tiempos en que el SDS tenía una hora fija en televisión, un espacio en el que telefoneaban desde algún lugar desconocido para plantear sus exigencias al locutor de la pequeña pantalla, para darlas a conocer a través de él a toda la población, todo

aquello quedó muy atrás. Pese al renombre de sus líderes y a la dureza de sus acciones, el SDS sólo podía ir hasta el final o volver a sus orígenes, al SPD del que en su día fueran expulsados. La opinión que merecía a su madre Renate Riemeck el caso de la Meinhof no está pues en absoluto justificada: «La ira contra los males del mundo —decía— la empujó a huir de la realidad...» No, no era eso, no era eso...

SÓLO UNA FRACCIÓN
DE «EJÉRCITO ROJO»

Lo que empezó a presentarse como riesgo de la democracia se califica ahora de lujo de la democracia: si el pueblo discrepa del gobierno, que dimita el pueblo; si el gobierno fracasa, que el pueblo quede encerrado en el ejército, en las cárceles y en campos de concentración... ¿Es eso nuevo en Alemania? No. Lo único nuevo es que esta vez a esos métodos de relación entre el poder de Estado y el pueblo se les llama democracia.

Ulrike Meinhof (en Konkret, n.º 18, 1960)

La periodista Ulrike Meinhof —tachada erróneamente de «anarquista» como antes hemos mostrado: «Se acusa de "anarquismo" a cualquiera que critique el oportunismo...»— había seguido desde 1960 en la revista *Konkret* la escalada emprendida por los estudiantes berlineses. Habían tomado, unos y otros,

puntos de referencia tercermundista: Vietnam, China, Irán, los palestinos... Pero habían esbozado las perspectivas para un estallido en las metrópolis, en el «eslabón menos débil»: como un estado más de los USA, habían procedido a expresar el malestar por la escalada vietnamita —en que la industria química de la RFA y las bases militares yanquis jugaban un papel activo—, con debates y asambleas, con *sit-in* y *teach-in*, con *happenings* en que se quemaba la efigie de Johnson o se abucheaba al vicepresidente Humphrey, con impresionantes movilizaciones en los campus universitarios. Y no hace tanto tiempo de ello (enero 1975), ante las fáciles acusaciones de «anarquismo» (con el significado de «terrorismo», de «enemigo público número uno»), respondían al semanario *Der Spiegel*, frente a la pregunta de si se consideraban anarquistas o marxistas: «Marxistas. Pero el concepto de anarquismo de los servicios estatales es un intento de aprovechar para el Estado imperialista la vieja disputa entre el marxismo revolucionario y el anarquismo revolucionario. De acuerdo con esa falsa comprensión del marxismo, Lenin era anarquista y su obra *El Estado y la revolución* sería un libro anarquista...»

Si Ulrike Meinhof y sus compañeros mantenían las ideas claras después de un largo encierro en Stuttgart-Stammheim y en vísperas de juicio (mayo 1975), no es de extrañar que en 1968 y en cuanto periodista hubiera tratado de exponer tesis, hoy habituales pero entonces insólitas, destinadas a dar un «valor de uso» a la estrategia revolucionaria, a propósito del mayo francés y del agosto checoslovaco: «Hay que contemplar, y pensar el caso de que la RDA

desempeñe un día en Alemania el papel que el P.C. francés está desempeñando hoy en Francia: el papel de la contrarrevolución»; o bien: «Un proceso de democratización real, antiimperialista y que aguante en el campo internacional exige nuevas formas de organización, una nueva estructura del poder, una politización de las masas que pueda expresarse en estructuras consejos, en autoorganizaciones de esas masas». Ni es de extrañar verles citar, en los textos de la F.E.R., junto a Mao y a Il Manifesto, al mismísimo Blanqui en su célebre frase: «El deber de un revolucionario es el de luchar siempre, luchar pese a todo, luchar hasta la muerte...» Nunca tan poco ha expresado tanto...

Pero concretemos: habíamos dejado nuestra historia de la represión en la RFA en 1968, cuando quedan abiertos sólo dos caminos, el del regreso a la «normalidad» o el emprender un «salto hacia adelante»; tal es el año en que Andreas Baader y Gudrun Ensslin son acusados de intentar incendiar unos grandes almacenes en Frankfurt, un poco en la línea del «Movimiento 2 de junio» de F. Teufel-(SDS): «Siempre es mejor quemar unos grandes almacenes que tener un grandes almacenes...» Ambos, junto con Horst Mahler, Ulrike Mane Meinhof y otros, forman en marzo 1970 un primer núcleo de lo que en agosto iba a ser la Fracción Ejército Rojo. Sigue una intensa historia de atracos a bancos, enfrentamientos armados con la policía, fugas de cárceles, apropiación de pasaportes y carnets de identidad, delaciones, arrestos, escándalos judiciales, muertes a veces inexplicables... La FER caía básicamente hacia 1971. Han pagado con su vida Petra Schelm (julio 1971) y Georg von Rauch (diciembre 1971), ambos a manos de la

policía, Thomas Weisbecker, caído en enfrentamiento con la policía en marzo de 1972, Holger Klaus Meins, muerto en circunstancias aún no esclarecidas en la ya citada cárcel de Stuttgart (1974), Ulrike Meinhof «suicidada» en la misma cárcel en mayo 1976... Lo que en 1967 (muerte de Benno Ohnesorg) era escandaloso, había devenido habitual.

Sin embargo, estaría fuera de lugar pensar que la FER era sólo una «fracción», un puñado de una veintena de personas que no hicieron más que hallar la muerte que se buscaron adoptando estrategias suicidas («kamikazes», podríamos decir). Sólo a través de la prensa, y con todas las salvedades que inspira el uso de tales fuentes, podemos citar junto a los hombres ya mencionados, los siguientes: Irene Georgens e Ingrid Schubert (detenidas con otros 3 a fines de 1970), Werner Hoppe (detenida en 1971), Manfred Grashof (herido y arrestado en marzo 1972), Wolfgang Grundmann y Carmen Proll (detenidos también entonces); suenan también los nombres de Thorwald Proll y Hans Sohnlein (cuando el primer juicio a Baader en 1968); otros nombres, algunos inverificables, son los de Jan-Cari Raspe (uno de los acusados en el proceso de mayo 1975, junto a U. Meinhof, G. Ensslin y A. Baader), de Karl-Heinz Ruhland (juicio de febrero 1972), Hans-Jürgen Backer, Said Dudin, Marianne Herzog, Peter Homann, Margrit Schiller, Astrid Proll, Gunther Voigt, la desaparecida Use Stachowiak, Wolfgang Thoms (aún en busca y captura) y un innumerable etcétera. Hace poco (noviembre 1976) leíamos en *La Vanguardia* la detención y puesta en libertad en Italia (Milán) de Sussane Modhorts, acusada de pertenencia a la FER. Y la propia RTVE se hizo en su

día amplio eco de la actuación en la Embajada RFA de Estocolmo de un denominado «Comando Holget Meins» en mayo 1975.

Capítulo aparte merecen, ante el vacío informativo que se ha hecho en torno a ellos, los nombres de Petra Krause, de Daniel von Arf y de Peter Egleff, retenidos indefinidamente por las autoridades suizas bajo la acusación carente de pruebas de que proporcionaron a la FER sus primeras armas de fuego (en noviembre de 1971 la policía alemana descubría unos paquetes postales cargados de armas, cuya procedencia no ha podido jamás poner en claro); han construido un edificio nuevo junto a comisaría, para poder mantener indefinidamente a dichos presos en situación preventiva y evitar el escándalo que representa para la opinión pública la celebración de procesos como los de la FER. Y si la policía suiza refina hasta tal punto sus procedimientos represivos, no es sólo para conservar intacta la imagen de país idílico y apacible: eso forma parte de vastas maniobras de carácter internacional, con que —bajo el lema «Policías de todo el mundo, ¡unios!»— se elaboran planes de acción conjunta, se saltan fronteras si hace falta, se conceden extradiciones de carácter político, se viola la legalidad cuando se tercia.

Se trata, amigo lector: de amenazas que platean sobre todo el planeta, sobre cada individuo que puebla este planeta: cuando se movilizan los organismos internacionales —Interpol, CÍA, FBI, Scotland Yard, KGB...— es a usted, a quien están amenazando. Cuando se apoya la reinstauración de la horca, el garrote vil, la silla eléctrica, los «suicidios» de la RFA, el discreto silencio de las autoridades suizas, o

simplemente cuando se deniegan las conmutaciones de penas capitales o (lo que es lo mismo) se otorgan extradiciones en condiciones intolerables, cuando se mata en la calle a tiro limpio a los oponentes políticos (o se tolera que se haga); y ¡para qué vamos a dar ejemplos de connivencias entre los CRS franceses y los carabinieri italianos, cuando se trata de un problema de alcance planetario!, realmente los que nos sentimos ciudadanos del mundo exclamaremos (como hemos visto que en su día se hizo y se sigue haciendo): todos somos Benno Ohnesorg, todos somos Rudi Dutschke, todos somos Holger Meins, todos somos Ulrike Meinhof..

